

Por la Sabana de Bogotá y otras historias

libro al viento



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

ZEDUMRBERZELAVOTIISCAVAGIATEGACASTILLOVELEZBERMÚDEZ
GROÛTSAMPÉRORTEGACASTILLOVELEZBERMÚDEZ
GROÛTSAMPÉRORTEGACASTILLOVELEZBERMÚDEZ

libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO
A LA LECTURA CREADA POR
LA SECRETARÍA DE CULTURA
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E
IMPULSADA POR LA FUNDACIÓN
GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito

Fundación Gilberto Alzate Avendaño

JOSÉ MANUEL GROOT
DANIEL SAMPER ORTEGA
EDUARDO CASTILLO
GABRIEL VÉLEZ
JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ

POR LA SABANA DE BOGOTÁ
Y OTRAS HISTORIAS

Ilustraciones de Olga Lucía García
Selección de Beatriz Helena Robledo
e introducción de Julio Paredes Castro

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Samuel Moreno Rojas

Alcalde Mayor de Bogotá

**SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA,
RECREACIÓN Y DEPORTE**

Catalina Ramírez Vallejo

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Ana María Alzate Ronga

Directora

Julián David Correa Restrepo

Gerente del Área de Literatura

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO

Abel Rodríguez Céspedes

Secretario de Educación

Jaime Naranjo Rodríguez

Subsecretario de Calidad y Pertinencia

Cecilia Rincón Berdugo

Dirección de Educación Preescolar y Básica

Sara Clemencia Hernández Jiménez

Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

- © Primera edición: Bogotá, septiembre de 2009
- © De esta edición: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2009

www.fgaa.gov.co

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del editor.

ISBN 978-958-8471-12-9

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Pilar Gordillo

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso en Bogotá por la Imprenta Nacional

	JOSÉ MANUEL GROOT
13	<i>Nos fuimos a Ubaque</i>
22	<i>Nos quedamos en Chipaque</i>
30	<i>Llegamos a Ubaque</i>
	DANIEL SAMPER ORTEGA
39	<i>Acuarela de la Sabana</i>
	EDUARDO CASTILLO
54	<i>El tesoro</i>
	GABRIEL VÉLEZ
61	<i>El aguinaldo</i>
	JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ
67	<i>Yerbabuena</i>

Las ediciones originales de esta antología:

JOSÉ MANUEL GROOT

Nos fuimos a Ubaque

Museo de cuadros y costumbres

I. F. Mantilla, 1866, Bogotá.

DANIEL SAMPER ORTEGA

Acuarela de la Sabana

Ed. Cromos, 1924, Bogotá.

EDUARDO CASTILLO

El tesoro, aparecido en:

El libro del veraneo

Ediciones Colombia, 1925, Bogotá.

GABRIEL VÉLEZ

El Aguinaldo, aparecido en:

El libro del veraneo

Ediciones Colombia, 1925, Bogotá.

JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ

Yerbabuena

A través de la antigua Santafé

Ed. Cromos, 1925, Bogotá.

Los siguientes cinco relatos que tiene ahora en sus manos el lector de *Libro al viento* pertenecen a un variado grupo de cinco escritores y cronistas nacidos en la Santafé de Bogotá de comienzos y finales del siglo xix. La presente selección ha querido mantener el criterio de retomar ese tipo de antologías publicadas en las primeras décadas del siglo xx, que reunían narraciones sueltas, aparecidas originalmente en revistas, y entre las que se mezclaban las temáticas y las formas retóricas de la época, como fueron, entre otros, los llamados cuadros de costumbres y muchos otros tipos de narraciones con argumentos dispares dirigidos a un público lector en ciernes, tanto adulto como juvenil e infantil.

Así, más que seguir la concepción de una antología con un tema específico y concreto, con tramas que respondan a géneros narrativos similares, la presente colección pretende fundamentalmente mostrar al lector de *Libro al viento* una manera más de acercarse a lo que se imaginaba, escribía, publicaba y leía en la Santafé de Bogotá de esos días; capital, centro económico, intelectual y político de una república también en ciernes, que ya para el periodo del llamado “Centenario”, encontraba un lenguaje propio para contar las cosas del mundo.

La selección la conforman, por una parte, dos narraciones de ficción “Nos fuimos a Ubaque” de José Manuel Groot y “Acuarela de la Sabana” de Daniel Samper Ortega, que, además de compartir un argumento similar, también se podrían calificar de corte costumbrista, donde se relatan, en tono de humor, hechos domésticos, pintorescos, con varios de los personajes y situaciones típicas de los viajes de familias bogotanas que salen de la ciudad para pasear por algunos lugares de la Sabana de Bogotá.

Están otros dos relatos “El tesoro” del poeta y narrador Eduardo Castillo y “El aguinaldo” del también poeta Gabriel Vélez, que, aunque en principio comparten el tema de la navidad, terminan ofreciendo dos argumentos encontrados, tanto en la entonación, como en los escenarios y el desenlace. Por una parte, en “El tesoro” el lector se encontrará con una trama salida de la imaginación romántica, con situaciones y personajes tomados de las leyendas fantásticas dirigidas a un público infantil, mientras que en el caso de “El aguinaldo” la narración sigue una perspectiva de corte realista, con final inesperado y trágico.

Cierra la selección la crónica titulada “Yerbabuena” del presbítero José Alejandro Bermúdez. Como lo dice el nombre, la narración hace referencia a la famosa hacienda situada a la salida de Bogotá, en dirección a Sopó. Siguiendo las características de una reminiscencia nostálgica sobre una especie de tiempo y espacio gloriosos, no remotos del todo, para la

época en que se narra, pero sí perdidos, el lector descubrirá que en realidad se trata de una crónica no sólo de la hacienda como espacio, de lugar típico o emblemático, sino también de algunos de sus ilustres y originarios habitantes.

El lector de *Libro al viento* podrá, tal vez, encontrar en esta pequeña selección una contraparte de lectura a esa otra antología que recogió las visiones que algunos extranjeros, más o menos por los mismos años, tuvieron también de Bogotá y su sabana y que titulamos *De paso por Bogotá*.



POR LA SABANA DE BOGOTÁ
Y OTRAS HISTORIAS

1 *Nos fuimos a Ubaque*

CUANDO UNA familia está en vísperas de viaje, en esta tierra que se llama Bogotá, toda la casa se pone en movimiento. Las mujeres se afanan; los muchachos se alegran; los hombres disponen, y las criadas andan como ringletes. Sólo la cocinera se mantiene con calma componiendo las gallinas para el fiambre, y cuando más pregunta a dónde nos vamos a quedar al otro día, y si el caballo será corcobeador.

El día del viaje aumenta el movimiento. Yo describiré el cuadro que se me ofreció a la vista teniendo que viajar con la familia de mi tío.

Se hacía el viaje para Ubaque, y mi tío, como hombre experimentado y de recursos, había tocado con quien le pudiera mandar de aquel vecindario mejores bestias; amén de dos caballos de pesebrera que para las dos muchachas, mis primas, había conseguido en Bogotá. Yo tenía mi caballo, y el día de la salida, a las siete de la mañana, ya estaba llegando a la casa de mi tío. Apenas sintieron los muchachos ruido de caballos en el zaguán, salieron corriendo a ver si eran las bestias; y por poco no me hacen



dar un golpe; porque con el tropel con que salieron a la puerta a tiempo que yo me iba a desmontar, me espantaron el caballo, que dio una vuelta conmigo cuando ya había sacado el pie derecho del estribo, y así medio agarrado de la cabeza de la silla, como Santiago matando moros, me sacó zumbando para fuera, dándome un raspón en la rodilla contra la pared.

Con el alboroto, mi tía empezó a dar gritos arriba; las criadas salieron corriendo para abajo, y mi tío lo mismo; pero ya yo estaba desmontado, y aunque descolorido, le dije que no era nada sino que los muchachos me habían espantado el caballo. Ellos, que estaban ya con sus ruanitas, y sus espuelitas puestas, bien ensombrerados, tuvieron que largarse escaleras arriba con un par de coscorrones cada uno. Subí las escaleras, y ya estaban hinchendo almofrejes en el corredor. Los baúles estaban liados y lo mismo las petacas, con excepción de una que estaba abierta esperando, un queso que habían mandado a comprar y no parecía.

Mis dos primitas estaban apuntando los velillos en sus sombreritos, y componían un baulito con el espejo, los peines, un tarro de pomada y otras chucherías mujeriegas: “el fiambre de mis señoritas”, como decía la cocinera. La batahola de la composición de almofrejes era de ver. Ya iban a liar, cuando salía la criada.

—Mi señora, mire que aquí se olvidan los botines de mi señá Pepita.

Salía la Pepita.

–No me vayan a dejar los botines ni el corsé, porque son para ir a misa el domingo..

–Pues que deslíen el almofrej y los metan en una esquina. Salía por allá otra.

–Aquí dejan los pañales de la niña, y las naguas de ña Teresa, que encargó que se las metieran por ahí.

–Que abran otra vez el almofrej y métalas en una esquina.

–Que no me vayan a dejar mis zapatones, decía mi tío a su vez.

–Métalos en el almofrej.

No hay sujeto de más capacidad que un almofrej, me decía yo a mí mismo: todo le cabe en las esquinas y se queda como si no. Así hay muchos hombres que tienen capacidad de almofrej, que todo les cabe en la cabeza y les sobra hueco para más.

En estas se vio gran tropel de caballos por la calle, y los muchachos gritando ¡ya están ahí! Bajaron corriendo por las escaleras; mi tía empezó a darles gritos; mi tío salió a atajarlos y nos hizo volver del descanso de la escalera. Eran los caballos efectivamente y entraron al patio.

El hombre que venía para llevar a la niña y entender en el carguío y ensilladura, se desmontó y arrastrando el zurriago y las espuelas, subió, y quitándose el sombrero chiguano, puso un papelito in manos de mi tío.

Allí empezaron las designaturas o designaciones.

–Pues que ahí viene aquel castaño que es de paso y muy manso para mi señora. El rusito es para uno de los niños.

–Papá, decía el uno, yo voy en aquel negrito.

–No, señor, decía el otro, ese es algo resabiado y no sirve sino para criada. El cervuno es para su merced, y el alazanito, careto, para el otro niño.

Empezóse la sacada de las sillas, galápagos y sillones. ¡Qué bulla! Los muchachos ya estaban entre las caballos queriéndole poner el freno. Mi tía decía afanada:

–¡ Niños, que los cocean los caballos, suban para arriba! Los peones empiezan a ensillar y salimos con que falta un freno y dos sudaderos.

–Pues que vayan donde don Mariano y que le den recado, que me haga el favor de prestarme un freno para una criada, que de aquí a un mes se lo devuelvo, y para sudadero, que corten de ese pedazo de friso que se quitó del cuarto.

–Que para el sillón de la cocinera falta cincha.

–Pues que le acomoden un lazo.

Así se facilitaba todo y marchábamos viento en popa.

Las muchachas estaban ya en el corredor con sus vestidos de montar arremangados, y con sus sombreritos currutacos.

–¿Y por qué será que no nos han traído los caballos? Que vayan a ver.

Sale corriendo un muchacho y vuelve con uno solo, diciendo que el otro no ha venido todavía de la Estanzuela. Mi tío, considerando que se hace tarde y puede llover, le pregunta al hombre que si el caballo que viene para él, puede servirle a una de las niñas. En el momento dijeron éstas a dúo:

–Yo no voy en ese caballo tan flaco y espelucado.

–Pero se hace tarde, hijas.

–No le hace, más que se haga; ¿yo había de salir a caballo en esa ranga para que se rieran los cachacos? Eso sí que no, papá. Que le preste el caballo a Pelegrín.

–Ese caballo es de mucho brío, niña, ¿cómo había de exponerse así?

–No, papá, no le hace: como yo vaya en un caballo gordo y herrado, más que me aporree al salir; peor es que lo vean a uno en un caballo feo.

En éstas estábamos: yo había ofrecido el mío, pero con la espantada de la puerta le habían cogido miedo, como dicen los orejones, y como yo no tenía ganas de que aceptaran la oferta, había procurado persuadirlas de que era manso, metiéndoles más miedo con las mismas persuasiones, pues les decía: “Eso fue porque salieron corriendo los muchachos; pero cuando no hay cosa con qué se espante, no se espanta, y en yendo uno con cuidado para que no lo coja descuidado, no hay riesgo. Eso sí, no hay que pegarle en las ancas porque se echa para atrás”.

Con ese modo de persuadir quedé yo en posesión de mi caballo, y como a ésta sazón llegó el que no parecía, la cosa quedó concluida.

Llamaron a almorzar, y almorzamos en platos quebrados y con cucharas de palo. Mi tía dijo:

–Dispensen el servicio, porque ya está todo guardado.

Almorzamos aprisa, como los israelitas al salir de Egipto. Los muchachos estaban desganados, por ir a montar. Mi tía les decía:

–Almuercen, porque después les da hambre en el camino.

Concluido todo esto, bajamos a montar. Mi tía no acababa de dar órdenes y recomendaciones a la vieja que dejaba cuidando la casa: cada rato se volvía de las escaleras para decirle otra cosa.

Llegó el momento de montar, y se redoblaron las carreras, los gritos y el alboroto.

–Que no se olvide la olleta. ¡Que le amarren a la china en la orqueta del galápago el atado de ropa y el jarro de plata! ¡Que amarren las alforjas del fiambre en la barandilla del sillón de la cocinera!... Y la olleta también, porque dizque no la pueden llevar los arrieros, gritaba, otro por allá, “y los fuelles que no los vayan a dejar, porque yo no puedo soplar con esta mi cara tan mala”, respondía la cocinera desde abajo, ya enruanada y con su sombrero de barboquejo y su varejón en la mano.

–¡Que monten las criadas primero! Se oyó esta voz; pero ya andan los muchachos a caballo espantando a los otros.

–Niños, ¡estéense quietos!... La cocinera está montando. A la china la han dejado teniendo su caballo del freno.

–Este caballo como que muerde, decía, porque le veía mascar el freno.

Yo me acomedí a tenerle a la cocinera el sillón por la espalda y un peón le arrimó el taburete.

–¡Avenida! Si me irá a botar este animal, Ñor!

–No, señora. Es mansito.

–En el nombre de Dios, y se echó tres cruces poniendo la pata en la tablilla. El mocho estaba matado en los riñones, y a lo que le bornegueó el sillón en las carnes, se pandeó de espinazo y alzó la cabeza de medio lado con oreja torcida.

–Ay Jesús: este caballo quiere corcovear ¡mire las orejas!

En fin, monta, el peón le da la rienda y la varita. La cocinera empezó a chupar el caballo y a darle sofrenadas para arriba y fue saliendo poco a poco hasta la puerta de la calle. Al salir fuera se le cayó el varejón, y largó la rienda y asida de las barandillas empezó a gritar que le atajaran el caballo, que tomaba ya calle abajo como con una carga.

Había montado ya la china, que menos miedosa y más atolondrada, salió al trote pegándole al caballo por la cabeza con un manatí, y como pasó de refilón por detrás de

la cocinera, le llevó de paso la alforja, que con otros arremuescos iba prendida de la barandilla del sillón, y allí fue el gritar y el tener que salir corriendo los arrieros a alzar los cachivaches y atajarles los caballos, que medio espantados iban tomando el camino más aprisa de lo necesario.

Los demás salimos unos tras otros sin novedad; y antes bien con cierto garbo que daba a la cosa el sonar de las herraduras de los caballos de las niñas, que se habían vuelto buenas equitadoras, desde que le dio por salir a pasear a caballo por las tardes para lucir sus personitas de un modo pintoresco, particular, y sobre todo, ruidoso.

MARCHÁBAMOS SIN novedad hasta que llegamos al río de Fucha que estaba un poco crecido. La cocinera se había quedado un poco atrás porque decía que el caballo no quería caminar. Al pasar el río se le antojó al mocho beber agua, y como estaba con freno, empezó a manotear y dar vueltas en la mitad del río. La criada se desvaneció y comenzó a dar gritos diciendo que se la llevaba el río. Yo me volví al galope a ver que era; pero antes de llegar, ya ella había botado al agua y había salido toda mojada. Mi tía y las niñas se volvieron llenas de susto pensando en si la criada se iba ahogando, pues no veían sino el caballo entre el río.

–¿Qué fue? ¿Qué fue? gritaban; yo contestaba: ¡nada! ¡nada! Y más se asustaban porque creían que la criada se iba río abajo y que yo le decía que nadara. Y tenían razón para creerlo, porque no la veían por allí, a causa de haberse puesto en cucullas tras un barranco para torcerse las faldas que tenía empapadas. Yo le saqué el caballo a tierra, lo monte y seguimos

Después de algunas paradas para apretar cinchas y comer bizcochos, llegamos a Yomasa a eso de la una. Nos desmontamos. Mis primitas estaban ardidadas del sol. Yo las

bajé del caballo, mientras mi tío y el hombre que llevaba la chiquita desmontaban a mi tía, que con el camisón fruncido y dando quejidos de cansancio, ponía el pie en un taburete de cuero sin curtir, para echarse al suelo. Las muchachas también estaban entumidas, como pollos que sacan de la jaula, y no podían dar paso. La china se había pelado toda la pierna con la correa del estribo. La cocinera estaba mojada y los muchachos corrían por el camino sin quererse desmontar, hasta que mi tío los amenazó con no volver a sacarlos otra vez.

Era viernes, por mala fortuna, y la patrona no estaba en casa: se había ido a mercado; no había qué comprar, y nos la pasamos con el fiambre, solamente, después de haber esperado la petacas más de hora y media sin que llegaran. Por supuesto dimos cuenta de todo lo de la alforja, porque decíamos: en Chipaque tendremos las petacas. Luego que acabamos de comer, montamos, dejándoles dicho a los arrieros con la criada de la venta, que abreviasen el paso para que llegasen a Chipaque pronto, pues allí nos íbamos a quedar. Seguimos, pues, nuestro camino, y a la oración llegamos a la plaza de aquel tristísimo y feísimo pueblo y nos desmontamos en una casa vacía y escueta que Sabogal le había proporcionado a mi tío.

Nuevos quejidos: todos estaban estropeados y con hambre; el hombre que nos acompañaba llevó los caballos al potrero, y yo salí a comprar vela y alguna cosa para comer

interin llegaban las cargas, que ya no podían dilatar. Me cansé de dar vueltas a oscuras y no hallé más que velas, chicha y un pan medio crudo, endemoniado. Pensé solearme en casa del cura, aunque no le conocía, e implorar sus auxilios temporales, pero una muchacha me dijo: “El amo cura se jue desde esta mañana onde la señá Rosalía que está agonizando de un tabardillo dormido que le agarró dende el domingo de un mojada”.

Volví a la posada y di cuenta a la familia del éxito de mi comisión y agregué lo que la muchacha me había dicho del cura, y no fue menester más para que mi tía empezara a agonizarse de aprehensión por la mojada de la cocinera, pensando en que le podía dar tabardillo dormido de la mojada del río. Pero a todo esto ¡qué hambre!.... Allí era el desear las cargas: ¡el queso! ¡los bocadillos! ¡el chocolate! ¡los bizcochos! ¡los salchichones! ¡Tantas cosas buenas que venían en las petacas! Pero sobre todo, las camas, las camas se deseaban por momentos: ¡los colchones para botarse encima y descansar! ¡las frazadas para arroparse en aquel frío! Todo era asomarse a la puerta a cada momento; cada vez que se oía ruido de bestias o ladrar perros, salíamos corriendo. Todo era poner el oído para escuchar si gritaban arrieros por el alto. Eran las ocho de la noche y no había esperanzas; estábamos tiritando de frío y no habíamos merendado sino pan, de aquel que dije, con panela que había llevado la criada entre la faltriquera.

También había salido en comisión la cocinera a ver si hallaba algo de sustancia para cenar, y más afortunada que yo, vino trayendo unas costillas de cordero que había comprado a buen precio. Se puso a asarlas y cuando estuvieron las comimos con grande apetito. La escena era patética. Estábamos rodeados de un caucho extendido en el suelo sobre el cual yacía una cazuela de barro con la costilla chamuscada; la vela estaba pegada en la pared, y cada uno sacaba a mano su pedazo de costilla. Las muchachas que estaban por allá tendidas en una ruana, vinieron a la mesa; pero Antonia se arrimó primero al cabo de vela que estaba en la pared y empezó a untarse sebo en la cara para lo quemado del sol, y por un acto tan natural como involuntario, fue a mirarse en aquel espejo como si estuviera colgado en la pared. Entonces dio un ¡ay! y dijo: “¡El baulito con el espejo y los peines también se quedó atrás!” Se arrimaron a comer, y lo mismo los muchachos; y era cosa que me hacía mucha gracia verlas comer aquel cordero pascual con los deditos llenos de manteca, después de ser tan remilgadas en su casa.

En fin, esto ya era algo; por lo menos caliente. Pero, ¿las camas? ¡Con qué comodidad se viaja en la Nueva Granada! le decía yo a mi tío. No hay república más adelantada; y esto sucede a las puertas de la capital. ..

Oyese tropel de cargas y voces de arrieros... ¡Afuera todos, menos los muchachos que ya estaban maneornados

y roncando encima de los galápagos! En efecto, llegan los arrieros con las cargas: ¡qué gusto! Pero eran los arrieros de Sabogal que volvían del mercado de Bogotá, con las bestias cargadas de retorno.

Mi tío empezó a preguntarle al que hacía cabeza (aunque no traía la suya muy en su lugar) si había dejado por el camino algún equipaje.

–No, mi caballero, no, le daré razón; por el camino yo no dejé meramente más que a los que veníamos de mercao y ninguna otra cosa de equipaje; paqué es decir lo que uno no ha visto.

Mi tía se angustiaba; las muchachas le daban señas al hombre de cómo era el equipaje, pero él decía:

–No mis señoritas, yo no vide por el camino venir pa acá peones con equipaje. El único equipaje que vimos nosotros los que ahora venimos aquí con las bestias del patrón Sabogal, fue el que traía el Chispas que es arriero de don Gregorio, que traya unos almofreses y petacas con baúles....

–Pues esas son nuestras cargas, interrumpió mi tía,

–¿En dónde los ha dejado,? preguntamos todos a la vez.

–P’uú tú tú, contestónos el otro, esas ya estarán en Uba-que descansadas a la hora de estas....

–¿Cómo así, cuando no nos han alcanzado? dijo mi tío.

–Pus porque yo me junté y me vine con ellos hasta las Cruces y ahí tomamos chicha y ellos; agarraron de jilo



por la subida de los Laches arriba y nosotros nos venimos por abajo, porque teníamos que traer aquí las bestias del patrón Sabogal.

Mi tío se puso ambas manos en la cabeza, y se fue para dentro, diciendo: ¡ahora sí que nos amolamos sin tener en qué dormir, sin comer, en este páramo y con estas niñas que pueden hasta enfermarse quién sabe de qué!

Mi tía dijo:

—Pues aquí no hay más que juntar ruanas y hacernos montón para poder dormir. Este cortejo fue adoptado por

todos, aunque yo no podía hacer parte del montón por más sobrino que fuera de mi tío.

–¡Hombre! decía éste, ¡cómo se me olvidó el haberles advertido que nos veníamos por Chipaque! Ya se ve, si lo atolondran a uno en términos que no sabe dónde tiene la cabeza. Pues vamos a ver cómo nos acomodamos.

–Y mañana, ¿con qué nos peinamos? decían las muchachas. Aunque se hubieran ido las camas y el fiambre como no se hubiera ido el baulito con los peines y el espejo, decía Antonia.

Se acabó, pues, la engañosa esperanza; supimos a lo que debíamos atenernos, que a ratos es lo mejor, y empezamos a desenvolver ruanas y cauchos. Los muchachos estaban dormidos como piedra, y yo los fui levantando de un brazo para que se quitaran las ruanas, los zamarros y las espuelas que todavía tenían puestos; pero lo que hacían era caminar por la sala dándose topones y buscando sus camas, que estaban bien lejos.

Como se había resuelto dormir todos juntos en montón y yo quedaba excluido de este beneficio, hube de quedarme sólo a las diez de la noche como gallina buscando el palo, y sin hallar donde ponerme al abrigo del frío porque mi bayetón se lo había dado a las niñas y no me quedaba sino la ruana corta. Estaban mis tíos, mis primitas y primitos en el montón como el grupo de Niobe, y a ratos como Lacoonte, con las serpientes envueltas, porque el par

de muchachitos no dejaban dormir, pellizcando piernas, riéndose y revolviéndose para todos lados. Se les había espantado el sueño, y ya se sabe lo que son los muchachos cuando se les espanta el sueño. Las dos criadas se acomodaron en la cocina, en donde hacía menos frío, a causa de que habían prendido candela y aún quedaba el rescoldo. Así, pues, como gatos durmieron entre la ceniza.

Yo me fui largando a ver si encontraba abrigo en otro montón, aunque fuera de indios, y di con un rancho de olleros que me alojaron en un rincón donde estaba la paja, y allí (para qué he de decir otra cosa) dormí perfectamente, después de haber oído un cuento que referiré cuando lleguemos a Ubaque.

Los demás se levantaron al otro día traspillados, como era natural. Logramos conseguir un pollo y huevos para almorzar. Las bestias vinieron tarde porque se les había vuelto una para el comedero, y era uno de los dos caballos prestados, que fueron a alcanzarlos a la salida del páramo. Se ensilló, montamos y nos fuimos. Pero aquí fue otra vez el lamentar de las niñas la falta del baulito.

—¿Y cómo entramos a Ubaque sin peinarnos? decían.

—No es lo malo, les decía yo, entrar en Ubaque sin peinarnos, sino entrar con la barriga tan vacía.

HÉNOS AQUÍ entrando en Ubaque. Eran las doce; el día estaba hermoso y varias gentes iban para el baño con sus quitasoles y hatillos de ropa. Las niñas me dijeron:

–Primo, piquemos los tres adelante, porque nosotras no queremos entrar al pueblo a paso de cargas; y ese sillón tan feo de la cocinera ... y la china con la gurupera reventada...

–Bueno, pues, les dije, y picando los caballos salimos a todo el paso dejando atrás a los demás. Pero a los muchachitos se les antojó también venirse adelante con nosotros, y partieron a todo el galope para alcanzarnos, porque se habían quedado atrás de todos cogiendo flores; y al pasar con su tropel por entre los demás, le pegaron un latigazo al caballo de la china, que, alborotado, siguió y pasó a escape, desbocado, por entre nosotros, y ella agarrada de la horqueta, sin sombrero y sin mantilla, con las mechas y trapos por el aire, daba gritos pidiendo misericordia, y más se alborotaba el mocho, porque una alforja que llevaba colgada de la horqueta con unas totumas adentro, le pegaba por el pescuezo y la barriga haciendo un ruidoajo de todos los diablos. Yo dejé a las primas y seguí tras ella a la furia, queriendo atajarle el caballo, y por poco no matamos a unos cuantos por el camino, a lo menos un

puerdo que se atravesó fue a dar por allá. Mi tía daba voces; mi tía invocaba a todos los santos y su afán era con las muchachas, que iban adelante, solas con los dos muchachos, cuyos caballos estaban también alborotados dando vueltas, tascando los frenos, casi sin poderlos contener; y a todas estas nos hallábamos a la vuelta de la lomita a la entrada del pueblo y toda la gente estaba parada viendo el trastorno de nuestra expedición.

Por fin logré atravesármele al caballo de la china y echarle mano al freno al entrar en la plaza; pero, como a ese tiempo pegó una rehuida, salió por allá la china rodando con alforja y totumas. Esto era a tiempo que venía con mucha pausa por la mitad de la plaza una comunidad de hombres y mujeres de Bogotá, que con sus paraguas y sábanas se dirigían al río. Al ver el fracaso, todos hicieron alto y empezaron a gritar: ¡la mató! ¡la mató! Venía ahí la familia de doña Gabriela con Aniceto, quien me conoció al momento, y largando prontamente del brazo a Domitila vino corriendo a ayudarme, y asustado me decía:

—Hombre, Pacho, ¡qué es esto! ¡qué loca es ésta!

La china se levantó llena de polvo, atontada; pero sin daño de consideración, si no son de consideración unas narices reventadas. Ya todos nos rodeaban; a la aporreada le daban agua; otro recogía las totumas y la alforja, y todos me hacían preguntas. Yo medio contestaba y miraba hacia atrás, deseando que llegase pronto el grueso del

ejército, para que me ayudasen a contestar al ejército de preguntadores.

A esta sazón desembocaban por la otra esquina las niñas, detrás mi tío, luego mi tía con el resto. Entonces se dirigieron a ellos los conocidos y desconocidos y me dejaron a mí con la china, que ya estaba en regla, puesta la mantilla y el sombrero, que le había traído un oficioso muchacho que recogió las prendas cuando fueron regadas por el camino. Allí nos reunimos todos y nos dirigimos a la casa que estaba ahí no más en la plaza; la china y yo a pie, los demás a caballo. Pepita y Antonia venían cada una con una amiga cogida de la mano, hablando a gritos con mucho contento. Mi tío y mi tía no hablaban de otra cosa que del chasco de las cargas, culpando a los arrieros que no les habían adivinado el itinerario. Por supuesto que todos convenían en ello, ponderaban la bestialidad de esa gente y lamentaban los trabajos de Chipaque. La cocinera venía detrás de todos muy contenta porque ese día no le había sucedido nada, y decía que a la china le había sucedido eso porque se había reído de ella el día que se había caído entre el río.

Así hablando todos a un tiempo, todos cantando, todos preguntando y cada uno mintiendo un poquito, llegamos al corredor de la casa de Flor Riveras, que era la que se nos tenía preparada. El patrón salió con unos dos taburetes para que se desmontasen las señoras. Sobraban allí quienes

las desmontaran y llevaran de la mano para dentro; en la sala encontramos al fin los almofrejes y demás cargas.

–Si habrán dormido anoche en nuestras camas, dijo una de las niñas. Mi tía la volvió a mirar de pronto y le hizo una seña con los ojos señalando al Señor Riveros, como quien dice, calla, niña, que lo oye, pero no había razón para pensar tal cosa, pues que todo estaba liado como había venido de Bogotá.

Abrimos los almofrejes y desliamos petacas y baúles. El baulito de los peines fue abierto en el momento; y el espejo, colocado en la pared, empezó a ser frecuentado y a dar algunas pesadumbres, porque las mascarillas, con el sol, se habían desfigurado un tanto. Los hombres andábamos por encima de todo abriendo y componiendo. Rejos por aquí; lazos por allí; cabuyas por acá se nos enredaban en las espuelas al pasar de una parte para otra. De golpe, tropel de los caballos allá fuera. Grita mi tío: ¡niños qué es eso! Qué había de ser, pues que los niños querían desensillar sus caballitos, pero al quitar la silla no zafaron la gurupera, y el caballo salió corriendo con la silla arrastrando del rabo y espantó a todos los demás.

–No fue nada... No fue nada... Vamos para dentro otra vez.

Sigue la faena. Que estas camas para allí; que más bien para aquí que hay barbacoa; pero que por ahí entra aire; que las cobijas de mi señora Pepita no aparecen.

-¿Si las dejarían en casa?

-No señora, porque yo misma las metí.

-¿Si habrá alacranes en esta alcoba?

-Eso llévenlo para el cuartico de la despensa.

Todo esto con vueltas, con revueltas, mientras las primitas están sentadas, haciendo frente a las visitas de amigas conocidas y desconocidas, que inalterables siguen sentadas sobre los baúles haciendo estorbo y tertuliano muy divertidamente, preguntando de cuanto hay en Bogotá; quiénes se han casado; quiénes se han muerto; dónde han bailado; quiénes se han ido; quiénes han venido; quiénes han criado; si ha llovido; si no ha llovido, y a todo esto mirando y reparando cuanto se saca de los almofrejes, petacas y baúles, para tener de qué conversar luego con otras amigas, sobre si las almohadas tenían arandelas o no tenían; sobre si las camisas estaban o no remendadas, sobre si tenían muchos o pocos camisones; y a este tenor otras cuantas observaciones de mucho interés.

Mi tía renegaba en la despensa con las visitas tan largas. Yo le decía: tía, prefiero una noche como la de Chipaque sin camas y sin fiambre a una llegada tan solemne como ésta, con tanta visita.

-¡Qué haremos para que se vayan! me decía ella sentada en una petaca. ¡Qué gente tan desconsiderada! No hacerse cargo de que viene uno cansado; pero no señor; ahí repantigadas conversa y más conversa. Ya se ve, también

consiste en que aquellas niñas se ponen a llevarles adelante la conversación con tanto gusto, en lugar de decir de cuando en cuando: ¡ay! qué cansadas estamos.

Habíamos llegado a Ubaque a las doce del día, eran las dos de la tarde y todavía había visitas. Ya estaba la comida: la cocinera lo había dicho, y aunque habíamos tomado bizcochos y bebido vino con las visitas, teníamos buena hambre. Mi tía se resolvió, por consejo mío, a mandar poner la mesa, juzgando que al ver entrar la china con los platos y tender el mantel, las visitas se despedirían. Pues sí, señor, unas se fueron, pero otras más afectuosas se quedaron y nos acompañaron a comer; poniendo a mi tía en el trabajo de abrir una petaca más, para sacar una caja de ariquepe y agregar postre a la comida. Mi tía y las niñas decían a las amigas que dispensaran lo malo de la comida y el mal servicio, porque ya veían que acabábamos de llegar y que todo estaba embrollado. Ellas contestaban con mucha gracia de demasiado bueno estaba todo para ser tales las circunstancias. Después de que comimos, se despidieron largamente diciendo que se iban porque nos consideraban muy cansados, que a la noche volverían más despacio.

A un rato vino Aniceto con sus hermanas y misiá Gabriela. Volvieron a los saludos; a los abrazos; a los apretones; a las preguntas y averiguaciones, como si poco antes no hubieran hablado hasta por los codos. Luego empezaron los planes.

–Niñas, decía Domitila a las muchachas, mañana nos vamos a bañar a un pozo que tenemos que no lo conoce nadie, y en donde se lava uno a su gusto sin temor de que los cachacos vayan a fisgar.

–Y ¡qué! dijo Pepita, ¿los cachacos van al río cuando hay mujeres lavándose?

–Puu, niña, entonces es cuando se les antoja.

–Ese sí que es trabajo, dijo Antonia, que dondequiera nos hemos de encontrar con los cachacos.

–Es maldición que tenemos encima las muchachas, dijo Domitila, y me reí mucho con Teodoro un día en Bogotá. Íbamos una tarde por Sanfasón y no había nadie por allí, cuando de golpe me dijo:

–Niña, mira cuánto cachaco.

Yo miraba por todas partes y no veía nada.

–¿En dónde están? le decía.

–Pues allí entre la chamba.

Miraba y no veía nada.

–¿En dónde, niña? Y más me afanaba, porque creía que estaban escondidos atisbándonos.

–Allí, que salen de entre la zanja, y van subiendo por el sauce.

Más me desesperaba, porque no comprendía cómo iban subiendo por el sauz, y no los veía, hasta que por fin se agarró de mi brazo, echó una carrerita hasta la zanja y me

dijo: míralos, míralos, señalando con el dedo las flores de pajaritos amarillos de esos que hay tantos por Sanfasón.

–Ah, niña, ¿esos eran los cachacos?

–Sí, mi china, yo los llamo así.

–Y ¿porqué?

–Pues porque se parecen en todo.

–Pero dime, ¿en qué se parecen?

–Pues en que son tan comunes, que por dondequiera se encuentran; en que lo mismo prenden en los jardines de las casas, que entre el barro de las zanjas de los ranchos; en que por dondequiera enredan y de todo se prenden; donde se deja nacer una matica, a poco tiempo hay veinte, y cuesta trabajo para desterrarlos, porque mientras más se pisan más prenden.

Aquí saltamos todos la risa y Pepita dijo:

–Y en lo oloroso también se parecen desde que han dado en echarse tanto pachulí.

El cuento dio lugar a mil comentarios y ampliaciones sobre los hermanos cachacos; de los que no faltaban por allí algunos, paseando por la plaza, sin saber las honras que se les estaban haciendo, quizá en cambio de las que ellos estarían haciendo a las cachacas en aquella misma hora.



Acuarela de la Sabana

CUANDO SALÍ de mi alcoba, el paisaje estaba rubio de sol.

En el patio, relinchaban las bestias, y el carrero bregaba por uncir los bueyes al yugo. Desde luego, los pequeños querían ir todos a caballo, y no poco trabajo le costó a mi tío establecer turnos. Ayudé a la solución con el problema declarando que Alarico no me sustentaría en su lomo, pues yo iría en el carro con Clemencia.

Ensiladas las bestias y cerciorado mi tío de que todas las cinchas estaban bien ajustadas, encaramamos a los chicos. Después se procedió a montar a la cocinera y a otra criada que debían adelantarse para prevenir el almuerzo.

Aquello estuvo cómico porque la cocinera empezó por resistirse a montar la mula que le habían asignado, y fue necesario cambiar de bestia varias veces hasta ir a parar con la silla sobre el lomo llagado de una yegua rucia y flaca, lo suficientemente zonza para inspirar confianza a la maestra culinaria. Montarla fue empresa de titanes: ya se le caía la corroasca, ya se descubijaba; ora había que bajarla para que se convenciese por sí de la firmeza de la cincha. Pero al cabo, y a pesar de que no se cuidaba de montar,

sino de sujetarse a dos manos las faldas para que no se le viese nada, quedó a mujeriegas. Mas como la yegua empujase las orejas al presentir el carro, la amazona aquella daba voces ponderando el brío de su cabalgadura, y fue preciso encarecer a un muchacho que llevase la yegua del cabestro. Salió en últimas, sin acertar entre aferrarse del arzón o tener la corroasca, y regañando con los pequeños porque hacían trotar sus animales al flanco del suyo.

En esto asomó Clemencia en el patio. Vestía falda azul con alforzas, y floja blusa de cuello marino, que le iba más abajo de la cintura, ciñéndole el cuerpo y delineando apenas sus formas. Calzaba alpargatas, sujetas al empeine por negra cinta de seda.

—¡Muchachos, ya nos vamos! nos gritó mi tía, sentada en el carro donde todos se acomodaban con apretura. La caballería, con la cocinera a la zaga, ya había partido como avanzada sendero abajo. Una sirvienta entró a la casa por el tiple, que se había olvidado, Clemencia me dijo en voz queda:

—¡Pide compuerta!

—¡Pido compuerta! ¡Pido compuerta! Oigan todos: ¡Pido compuerta!

—¡Concedida, concedida! pero no grites más, que te vas a quedar ronco, me respondió Isabel.

Clemencia y yo nos sentamos en la compuerta, con las piernas colgantes, espaldas vueltas. Cuando ya se había

ordenado la marcha alguien advirtió que no había sitio para el canasto más ventrudo; hubo que abrirse a regañadientes. Y bien que nos vino, porque apenas comenzados los rebullones, cada canasta fue cuña de bendición.

–¡Vámonos, pues, que nos coge el sol!

–Mi señora: que si ahí van las papas.

–¿Van aquí las papas, Isabel?

–Yo no sé.

–¿Quién ha visto el canasto de las papas?

–Aquí nomasito las lleva el niño Tiburcio.

–¿Estamos listos?

–Listos.

–Entonces, ¡adelante, Roque!

–Güeno, patrón Vicente ¡Já, Arrayán! ¡Já, Bababuy!

Tendieron los bueyes la cerviz; crujó el yugo en las cornamentas; las ruedas chirriaron, y arrancó pesadamente el carro, marcando anchas cintas en la húmeda arena del camino.

–¡Jesús! ¡Mi chalina!–exclamó Clemencia.

–¿Se te quedó? ¿Quieres que la traiga en un volar?

–No vale la pena.

–Te quemas toda–intervino Teresa.

–Pues voy por ella. ¿Cómo la busco?

–Está debajo de mi almohada. Al levantarla no más, la verás.

En un santiamén estuve en la alcoba.... y volé con la

chalina en pos del carro. Llegué jadeante, y de un vuelo, me senté al lado de Clemencia.

–Gracias. Sí que me da pena contigo. Estás que no puedes hablar.

–¡Bah!

–De algo han de servirle los ejercicios militares, arguyó mi tía. Cuando se tienen veinte años no se fatiga uno tan fácilmente.

–Y se es tan galante... con la novia, replicó Vicente.

–Sí, señor, exclamó Clemencia reconviendo al primo.

Clarita, tambaleante y de pié en la compuerta delantera, urgía a los bueyes con una rama. El lomo de los mansos animales vaheaba tibio, y de su boca escurría baba en hilas que daban al suelo, cuando inclinaban el testuz resoplando. Una criada dijo:

–Tese queta, niña. No los jurgue por ahí que se desbocan.

–¡Miedosa!

Aun flotaba en los potreros blanco cendal de niebla baja, empenachada de árboles. La carretera tenía color mate de la tierra mojada. Dondequiera piaban los pájaros saludando el advento del sol.

Entre polvo y gritos y restallar de látigos y reír de las mozas, familias de carboneros pasaban al galope. A la vera del camino pastaba con desidia un desmedrado jumento. Torcimos por una vereda flanqueada de zanjas. Entre el

carro, danzábamos a compás del trote de los bueyes, con reír entrecortado y jolgería y estrujones.

–¡Cógeme, Octavio, cógeme! –gritó riendo Isabel, que daba ora contra mi tía, ora sobre mis hombros.

–Aguarda tú me cojo de Clemencia –repliqué, aprovechando tan calva ocasión para abrazar a la aludida.

–¡Hola, niño! ¿Qué pensará mi tía?

–¡Que ha de pensar sino que me estoy cayendo!
De súbito, los bueyes mudaron el trote por el lento paso de costumbre. Como era natural, todos los cuerpos oscilaron hacia la compuerta delantera, con lo cual fui a dar contra Isabel, mientras Clemencia se aferraba de mí para no caer de espaldas contra el carro.

–¡Hola niña! ¿Qué pensará mi tío?

–¡Qué más te la querías tú!

El sol asomó de lleno sobre los cerros, obligándonos a inclinar la cabeza por resguardar los ojos de la viva luz que tan rectamente los hería. Aspirábamos el aire fresquísimo de la mañana, aromado de helecho y poleo. Las espigas del trigal cercano vibraron con dorado temblor. Una bandada de pájaros cruzó en vuelo raudo la llenura inmensa.

–¡Qué frías tengo las manos!

–¿Quieres que te las caliente, primita?

–¿Cómo?

–Pónme esa mano sobre esta mía. Cuando yo cuente tres, la zafas. ¿Lista? Una, dos, ¡tres!

-¡Arre... caramba!

A través del follaje apareció la iglesia del pueblo. Los perros que ladraban a los bueyes, callaron medrosos al ver a Nerón y a Dalila.

En una casa aledaña a la iglesia recitaban monótonamente varias vocecitas infantiles:

-Dos por dos, cuatro... dos por tres, seisdos por cuatro...

Clarita, entre lloros, clamaba porque llamásemos a los de “arma montada”, que discurrían por el pueblo a galope tendido. De vez en cuando les veíamos cruzar la plaza con el látigo en alto y la corroscá asegurada del barboquejo sobre la nuca.

Teresa e Isabel comenzaron a rasguear el tiple con aire de bambuco:

-¡Niñas, niñas, que están en misa!

-¡Qué, mamá, si son más de las nueve!

Rodeáronnos curiosos algunos chiquillos harapientos. En la puerta de su tienda apareció con la ruana terciada a lo matón, un cacique ostentando gran cadena dorada que le caía en arcos sobre el abdomen, Del pañuelo de yerbas que le ceñía el cuello desbordábale grotescamente la papada sudorosa hasta la cual escurrían las puntas lacias del bigote entrecano.

-¿Y ese milagro, doptor?

-El de siempre, don Anacleto. ¿Y usted, qué cuenta?

–Ahí pasándola, mi doptor.

Entramos a la rústica iglesia de encalados muros, rincones en penumbra, vigas al descubierto y escasas luces chisporroteantes en tosco tenebrario puesto ante el Santo milagroso del lugar. Al través de una ventana de vidrios bermejos, vi moverse el ramaje de un durazno que parecía de llamas.

–Cuando uno entra por primera vez a una iglesia y pide tres gracias, se las conceden–me dijo Clemencia al oído.

Yo me arrodillé devotamente a su lado sobre la tarima del confesionario. A mi diestra se tostaban las almas en un Purgatorio descolorido, y a mi izquierda el Señor daba la tercera caída, según las oleografías del vía crucis. La iglesia estaba silenciosa, y el eco de suspiros y pasos resonaba bajo la mugrienta bóveda listada de telarañas.

–¿Qué pediste?–me preguntó Clemencia al salir.

–Que me quieras mucho.

–¡Niño! Con las cosas santas no se juega.

–Pero, si es en serio.

–¿Y la segunda?

–Que me quieras siempre.

–Pues ahora no te pregunto la tercera.

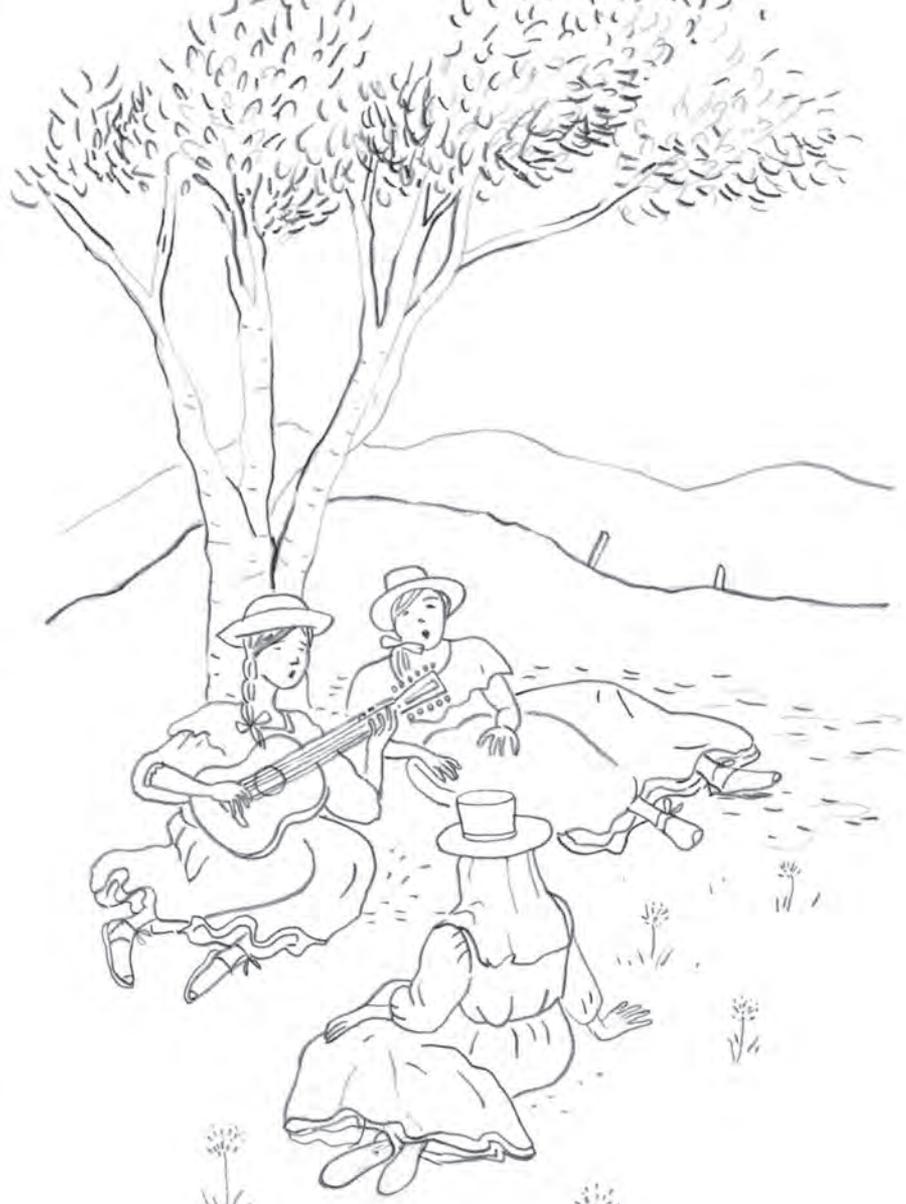
–Y haces bien, porque te pondrías colorada: la tercera se relaciona contigo, conmigo, y con la Iglesia. Y cerrando los ojos, la soñé con la frente ceñida de azahares y saliendo del templo asida de mi brazo, a compás de una marcha nupcial.

Nos encaminamos al sitio escogido para el almuerzo, en las afueras. Desde allí se dominaban la Sabana y una ancha laguna limpia y tranquila, semejante a un espejo tendido en el llano que trigos y pastos en sazón vestían de verde y oro. Blancas nubecillas bogaban con majestad en el cielo intensamente azul. La luz se quebraba en el agua, como en un inmenso ensueño, y reverdecía en los pastales, y temblaba en el trigal.

Mientras Clarita se echaba a rodar por la pendiente de la colina, y Pedro y Carlos luchaban, la cocinera, puesta en cuclillas ante el fogón, atizaba las brasas venteando con la corroasca. Desafiome Vicente a una lucha, y todos hicieron corro. Mis fuerzas eran grandes, pero al fin rodé al suelo, vencido por el jayán que derribaba terneros a diario o domeñaba un potro sin esfuerzo. No sé qué trágica idea me cruzó por la mente cuando por sobre la cabeza de mi primo, que me tenía sujeto debajo, vi a Clemencia regalando con una sonrisa al vencedor. Me levanté aparentemente tranquilo, pero encendido en ira. Isabel debió de presumirlo, porque vino a mí con mimos y halagos:

—¿Por qué miras con esa cara?

Sobre el fogón, en olla candelaria, burbujeaba con grato rumor la sopa, y cada ráfaga de aire nos traía humo, obligándonos a cambiar de sitio. Roque cuidaba de las cabalgaduras, extenuadas del seguido correr. Debajo del carro desuncido, dormía Dalila profundamente.



- ¡Clemencia!

-¿Qué?

-¡Caray! que ¡qué! tan seco.

Transcurrió un silencio. Ella trenzaba ramas sin mirarme. Me pareció enfadada, pero yo no acertaba a explicarme la causa.

-¿Qué tienes?

-Nada.

-¿En qué piensas?

-En nada.

Nuevamente callamos. Las criadas tendían en el suelo blancos manteles, que las sinuosidades del terreno hacían parecer ondulados también. Isabel disponía sobre ellos frutas, pan, loza sobre la cual resbalaban insectos y hojas secas.

-¿Clemencia?

-Hum.

-Óyeme.

-¡Hum!

-¡Mírame!

-¿Para qué?

-Entonces... ¡me voy!

-Haz lo que te parezca.

-¡Y no vuelvo!

-Es lo mejor que puedes hacer.

-¿Por qué?

–Porque estoy pensando una cosa.

–¿Qué cosa?

–Que voy a meterme a Hermana de la Caridad.

No supe qué responder. Si se me hubiera caído el cielo encima, me habría quedado más tranquilo. En esto llamaron a almorzar. Levantóse Clemencia y marchó a la mesa sin curarse para nada de mí. Yo permanecí largo rato anonadado y abstraído.

–¿No vienes, Octavio?

–Ya voy, tía.

Las criadas iban y venían en confusión llevando manjares diversos: allí la papa chorreada, humeante aún más allá blanca fuente de arroz, y ají con huevo.

–¡Cuidado con el cuchuco, que te quemas!

–¡Yo quiero más costilla!

–¡Yo más longaniza!

–¿No te sirves gallina?

–Octavio, ¿qué tienes, que pareces mudo?

–¿De qué se ríen aquellos?

–¡Miren, miren cómo, coquetean Clemencia y Vicente!

–¿Te la está pegando la novia? –me preguntó por lo bajo Isabel.

–¡Qué diablos! Que coquette con quien quiera. ¡Se me da una higa!

–No seas bobo: hazla rabiar tú también: coquetea conmigo.

-¡De mil amores! pero en serio, porque eres encantadora.

-¡Sin piropos!

-No es piropo: es verdad.

-¿Se acabó el pan? -inquirió mi tía.

-No, mamá, replicó Teresa. ¡Isabel! ¿Dónde hay más pan?

Y como ella no contestase, pues simulaba mucho interés en la charla que traía conmigo, Teresa insistió:

-¡Hola, Isabel! Atienda: ¿que dónde hay más pan?

-¡Voy a ver! Con tu permiso, Octavio; volveré en seguida.

Clemencia me preguntó sin mirarme, de modo que no la comprendieran.

-Estabas muy entretenido con Isabel ¿verdad?

-Y tú con Vicente ¿verdad?

-Sí. Es un muchacho encantador...

-Y ella una mujer encantadora. ¡Lástima que sea mujer!
¡Odio a las mujeres!

-Sí, ya se ve. Pero Isabel te gusta...

-Muchísimo. ¡Eso sí que es verdad!

-Me alegro ¿sabes?

-Yo me alegro más.

Al sentir que su prima tornaba, volvió al palique con Vicente.

-¿No te lo dije? -bisbiseó Isabel. Ya está surtiendo efecto mi remedio. Está celosa.

-Está fascinada con tu hermano.

-No lo creas. Finge atender a Vicente; pero en realidad pretende oír lo que hablamos los dos.

-¿Sabes tú por qué está enfadada?

-No. Pero si quieres lo averiguo con maña.

-Sin que ella se entere de que me interesa averiguarlo.

-¡Canten algo, canten algo! ¡Teresa e Isabel: canten algo!

Mis primas se tendieron a cantar a la sombra de los arrayanes. Vicente acudió a un llamamiento de mi tía, que le hablaba aparte, acompañando sus palabras de ademanes que parecían reconvenirle. En la paz geórgica de aquel bosquecillo perfumado las voces de mis primas se alzaban melodiosas:

*Oye la voz, señora, de mi guitarra,
que en notas soñolientas, una por una
cuenta viejas historias o amores narra
de este pobre trovero, bajo la luna.*

*Bajo la luna triste que en los cristales
de tu ventana pone mudos reflejos,
recuenta la guitarra los madrigales
de amores que murieron, de amores viejos.*

A Isabel le enmarcaba graciosamente el rostro la corroscá, levantada por delante, a estilo pastoril, y adornada con helechos y flores de raque. En los ojos le fulguraba una sonrisa expresiva, y bajo los pliegues de la falda asomaban, blancos y menudos, los pies.

Teresa estaba semitendida en el suelo, y parecía como si se apoyara en el tiple; mis ojos llegaron hasta el arranque blando y terso de sus senos en flor, y lamenté en el fuero de mi conciencia el histérico misticismo que guiaba sus actos.

Clemencia, que había guardado silencio, a las primeras estrofas, dio suelta a su linda voz. Me parecieron húmedos sus ojos:

*Ni rosas ni rosales hay en tu huerto,
ni rosales ni rosas hay en el mío;
tu amor está ya frío, frío de muerto,
y el mío está ya muerto, muerto de frío.
Oye la voz, señora, de la guitarra...*

El eco de esta música sencilla y hondamente expresiva despertaba en mí toda clase de encontradas sensaciones. Sentía celos del ignorado protagonista de aquellos amores “viejos” a que alude el cantar; empañábame el alma esa luna que ponía trémulos reflejos en los cristales de una ventana, ahora cerrada al amor; y temblaba pensando en que tal vez Clemencia hubiese cantado sinceramente, mientras las notas tristes de la guitarra se perdían en el viento: “mi amor está ya muerto”...

—¿Conque de Hermana de la Caridad, eh?

—No te metas conmigo.

¡Claros mediodías preñados de rumor del agua y piar de pájaros, mugir de bueyes, y músicas del aire entre las

hojas y en los trigos que ondean con sonora cascabelada de espigas! ¡Claros mediodías de sol perfumados de flores, helechos y poleo!

¿A qué recordar aquí el dolor de aquella mi primera escaramuza con Clemencia, y la delicia inefable de la reconciliación? ¿A qué torturar el alma con el recuerdo “de amores que nacieron con los rosales... y con ellos murieron... de amores viejos?”

Cuando avistamos El Cerezal caía ya la tarde: una tarde perfumada y triste, y suave.

Por la polvorienta carretera los muchachos, enronquecidos ya, todavía cantábamos:

*Van cantando por la sierra
con honda melancolía,
unos cantos de mi tierra
cuando va muriendo el día.*

El tesoro

LO QUE voy a narraros, acaeció en los países floridos de la leyenda, bajo el reinado del Príncipe Azul y en una edad en que todavía florecían sobre el haz de la tierra las maravillas y los encantamientos. Verdad es que ya había nacido Cristo y que a la tierra feliz de que os hablo habían llegado, desde el misterioso Oriente, muchos monjes y eremitas que profesaban la nueva fe, pero aquellos santos varones, en vez de anatematizar las hadas, convirtieronlas a la religión del Crucificado. Hasta llegó a narrarse que una de ellas, conmovida con el relato de la pasión y muerte del Cordero Divino, lloró tanto que acabó por metamorfosearse en fuente, una fuentecica cristalina cuyas aguas sanaban toda las dolencias del cuerpo y del alma y convertían las tierras que regaban en cándidos jardines paradisíacos.

En torno de la ciudad –ónix, pórvido y mármol– habitada por el Príncipe Azul y su corte palatina, dilatábanse campiñas deleitosas, surcadas por frescas corrientes y sombreadas por manzanos y perales floridos, bajo cuya fronda hospitalaria sesteaban los rebaños y departían los pastores en las bochornosas siestas del verano. Los idilios

menudeaban allí, fragantes como las rosas y los panales silvestres, y constantemente, lo mismo bajo el sol que bajo la luna, la comarca entera embrujábase de melodías epitalámicas. Eran los zagales enamorados, que cantaban en sus avenas musicales las alegrías y amarguras del querer.

Entre aquellos pastores había uno a quien el amor había herido con la más punzante de sus saetas. Llamábase Nemoroso y sorbía los vientos por la hermosa e ingrata Flérída, una zagala quinceañera de melenas locas y labios ceresinos. Acuitado con sus desdeños, el mancebo solía ir a llorar su pena en lo más espeso de una selva bravía, poblada de encantamientos, que se espaciaba misteriosa y solemne como un templo no lejos del lugar en que apacentaba su rebaño. Allí, bajo los árboles, sin más testigos que las hadas driadas habitadoras del tronco de los árboles y las ondinas que oraban en el palacio de cristal de las fuentes, plañía su desventura y le daba rienda suelta a sus lágrimas.

Cierto día en que el pastor devaneaba por la selva pensando en la ingrata que lo torturaba, hallose de improviso ante la entrada de una caverna medrosa, llena de una oscuridad tan densa y profunda que los mismos rayos del sol deteníanse a su puerta. Nemoroso trató, una vez más, de sondear con los ojos la tiniebla aquella, en tanto que por su memoria, un instante distraída, pasaba una leyenda mil veces escuchada por él durante las noches de



invierno, al amor de la lumbre. Según tradición oral de la comarca, en ese gruta estaba oculto un miliunanochesco tesoro de piedras preciosas, mas sólo podría apoderarse de él aquel que una noche de Navidad penetrase en la caverna y pronunciase, a la hora del nacimiento del Salvador, cierta palabra cabalística, cuyo secreto nadie había podido adivinar. La misma tradición agregaba que, en otras épocas, llegaban frecuentemente a la comarcauntuosas comitivas de príncipes y magnates ansiosos de adueñarse del tesoro. Muchos de ellos habían penetrado en la caverna con lámparas poderosas y enormes hachas de viento, mas todo había sido inútil: la tiniebla persistía y las luces más vivas naufragaban en su negrura inexorable. Sólo la palabra mágica de que hablaba la leyenda habría logrado disipar esa sombra. Mas.... ¿cuál era aquel sésamo prodigioso? En vano lo habían tratado de inquirir los buscadores del tesoro, y éste permanecía allí, en el fondo de la negra gruta, obsesionando todas las imaginaciones con el incendio multicolor de sus gemas cintilantes.

Absorto en sus cavilaciones, el pastor no recordó que la noche que se avecinaba era precisamente de Navidad y que debía regresar a la majada para celebrar con sus camaradas, entre danzas y alborozadas canciones, el nacimiento del Dios Niño. A sus oídos alcanzaban a llegar, desde la campiña, los sones de las melódicas avenas pastoriles. Era que los zagales preludiaban a los regocijos de

la Nochebuena a pesar de que el cielo estaba encapotado y de que amagaba tempestad. Súbitamente, en efecto, el trueno tableteó de horizonte a horizonte y una ráfaga de viento y de agua azotó los árboles centenarios de la selva, la cual, poco a poco, iba llenándose de tinieblas y de augurios medrosos. El pastor buscó un árbol bajo el cual guarecerse, pero como la lluvia iba en aumento, resolvió penetrar a la caverna. Ya en el interior, dio algunos pasos a tientas y, topando con una piedra, sentose en ella decidido a esperar que la noche se serenase un poco para regresar a la majada, donde brillaba la llama alegre y confortadora de las fogatas navideñas.

Nemerose se sentía hondamente triste. De nuevo el recuerdo de su amor no correspondido clavósele en el corazón como un puñal envenenado, y las lágrimas tornaron a correr copiosamente por sus mejillas. Al fin, empero, su dolor acabó por suavizarse, y un letargo delicioso, una blanda laxitud se apoderaron de todo su ser. Sintió que un dulce sueño lo invadía poco a poco y, teniendo sobre la tierra la piel de cabra montaraz que ceñía sus flancos, acostóse sobre ella y se quedó dormido, arrullado por el monótono rumor de la lluvia. Entonces tuvo una celeste alucinación: parecióle que Flérida se le acercaba en la punta de los pies, pero no ya desdeñosa y soberbia como la viera por última vez, sino amorosamente sonreída. Sus ojos azules brillaban con claridad estelar y sus manos, lle-

nas de flores, tendíanse hacia el pastor en actitud de oferta. Dulcemente llegó hasta el rústico lecho en que el mancebo dormía e inclinándose con gesto caricioso, desató sobre él sus cabellos dorados semejantes a un manto de reina y brindóle su boca bermeja como las cerezas en sazón. Nemeroso, extasiado de ventura, tendió los brazos hacia el fantasma accesible y estrechándolo en ellos, suspiró esta sola palabra:

—¡Amor! ¡Amor mío!

Entonces se realizó un milagro estupendo. Como al conjuro de una fórmula mágica, la caverna iluminóse con luz deslumbradora y apareció en todo su esplendor. Era un palacio de hadas, un alcázar brujo con cúpulas de zafiro, muros de esmeralda y columnas de diamante. La claridad, una claridad que no se sabía de dónde provenía, quebrábase en las facetas de las piedras preciosas, arrancándoles feéricas cintilaciones, chisporroteos increíbles. Nemeroso, que se había despertado con el golpe de luz, apenas podía darles crédito a sus sentidos y, vagaba deslumbrado por las salas y los jardines donde cantaban pájaros maravillosos y nunca vistos. El divino poder de la palabra AMOR, pronunciada aquella noche de Navidad, ¡había vencido las sombras y hecho la luz en la caverna prodigiosa!

Nárrase que aquel milagro de pasión conmovió tanto a la hermosa Flérida, que su alma se abrió súbitamente al amor y consintió en desposarse con el enamorado pastor.

Las bodas fueron suntuosas y concurrieron a ellas, en sus carrozas de pétalo de rosa tiradas por colibríes, las hadas y genios que moraban en cien leguas a la redonda, los cuales lleváronles a los desposados magníficos dones y presentes. Más tarde, a la muerte del Príncipe Azul, Nemeroso fue aclamado por unanimidad rey del país de las leyendas. Su reinado duró cien años y fue tan venturoso que, de memoria de mortal, no se recuerda otro semejante.

El aguinaldo

CUANDO EL tren partió de la estación, Mateo acodado en la ventanilla del carro, miró todavía en el andén a su esposa y a su hijo. A pesar del silbido de la máquina, oyó claramente que el niño le gritaba agarrado a las faldas de la madre:

–Papá, la que habla.

En septiembre, Mateo había llevado al niño a la ciudad para que el médico le viera. Ese día fue cuando el pobre muchacho al pasar por los almacenes de “El Buen Tono”, se quedó atónito al ver una enorme muñeca de ojos negros y pelo rubio. La contempló al través de la vidriera, y cuando la muñeca abría y cerraba los ojos, o decía “papá y mamá”, su deseo rayó en locura. Mateo, ante la incapacidad de comprar aquella muñeca, oía en silencio las súplicas del niño. Allí permanecieron largo tiempo acariciando aquel ensueño.

Cuando se encaminaron a la estación, después de haber hecho Mateo la promesa del regalo, repetía continuamente el niño:

–Papá, ¿cuándo me la compra?

Entre tanto, el padre hacía sus cuentas. Si el tiempo le era propicio y la suerte favorable, para diciembre tendría ahorrado el valor de la muñeca.

–Te la daré de aguinaldo–le prometió a su hijo.

Desde entonces, Mateo, de sol a sol, sudaba la gota gorda sobre los terroneros calcinados. Al caer del día soltaba la azada y cogía la garlopa. Redobló el trabajo y mermó los gastos. Así fue como, peso sobre peso, reunió los 18 dólares que iban a hacer la felicidad del muchacho.

Tantos esfuerzos y estrecheces, serían muchas veces recompensados con la loca alegría que había de llegar cuando la promesa se cumpliera.

No pasaba un día sin que el niño hablara de la muñeca. Se había vuelto para él como una hermanita de porcelana que no se separaba un instante de su imaginación. Abandonó todos sus juguetes: los caballos de plomo, el trompo, el automóvil y el coche. Por encima de todos estaba la muñeca de los grandes ajos negros y el cabello rubio.

Al fin llegó el día de los aguinaldos. La esposa y el niño acompañaron a Mateo hasta el tren. De la casa a la estación no cerró la boca el muchacho con la eterna cantinela:

–“Papá, la que habla”.

No se sabía cuál de los tres deseaba más ardientemente la realización del antojo.



Partió el tren, y Mateo acodado en la ventanilla del vagón, miró en el andén a su mujer con el niño en los brazos. Allí esperarían su regreso.

Cuando llegó a la ciudad se encaminó directamente a “El Buen Tono”. Desde la calle contempló la muñeca al través de los cristales. Le pareció más hermosa que antes. Sin vacilar un momento entró en el almacén, y sobre las primorosas manos de la ventera contó uno a uno los 18 dólares. Después se volvió a la estación, y sentado en un banco esperó la partida del tren con su preciosa carga sobre las piernas. Se le hacían siglos los minutos. Dos horas de espera en aquel estremecimiento de ánimo eran interminables. Cuando se vio en marcha, le pareció que el tren no andaba o que iba para atrás. Para él no iban a llegar nunca. Quieto, inmóvil en el mismo puesto, no quitaba los ojos ni los manos de la caja; sólo de cuando en cuando la entreabría y temblorosamente acariciaba la cabecita rubia de la muñeca.

Al divisar allá a lo lejos, como una mancha gris entre la verdura del campo, la estación de su pueblo, se le encogió el corazón y se le humedecieron los ojos. Jamás había sentido una emoción igual. Allí en el andén estaban Luisa y el niño. Él, con las manos levantadas gritando el eterno deseo:

–Papá, la que habla.

Mateo aturdido, vacilante, antes de que el tren se de-

tuviera, se lanzó hacia el andén, se enredó en el estribo y cayó sobre los rieles.

El ruido de la locomotora ahogó el grito desgarrador de Luisa.

Cuando el tren se detuvo, se vio entre un charco de sangre el cuerpo despedazado del hombre.

Tenía aún la muñeca apretada entre las manos.



Yerbabuena

A POCO de una legua del histórico y legendario “Puente del Común”, y hacia el costado oriental del camino que en lo antiguo se llamó de “Sopó”, hállase, al trasponer de una colina, el “sitio repuesto y apacible” que en nuestra Sabana se ha conocido siempre con el nombre de Yerbabuena.

Aparece la casa de la hacienda a muy poca distancia de un puentecillo de dovelas, que estrecha por esta parte el camino. A muy pocos pasos de allí puede verse la fachada de la puerta principal, formada tan sólo por dos columnas sencillas que llevan, como único adorno, cincelados en el frontero y a guisa de escudo heráldico, algunas arcos del “sabanero” de otro tiempo, juntamente con el casquete y el plumaje guerrero, tradicionales en no pocos escudos antiguos; donosa y, si se quiere, peregrina manera de mostrarnos y darnos a entender desde los estrados de la casa, el blasón de los que en ella vivieron, a más de algunos indicios de la historia de esta familia.

Portada adentro y hasta muy cerca a los primeros tejados, rugosos y vetustos sauces alideran la entrada. Descuélganse desde la altura de las copas, hilos delgados

vestidos de finas y largas hojas, evoca el verde de estos árboles, con viveza, la fisonomía peculiar de nuestra Sabana, y contrasta visiblemente con ese otro verde ceniciento de los eucaliptos que aparecen luego allá en el fondo, y que por la corpulencia de sus troncos y la altura desmesurada de sus copas, parecen indicarnos que ya dominaron por siempre a todos y a cada uno de los árboles que conocieron nuestros antepasados. Unos y otros, vencedores y vencidos, son sin embargo, viejos y expertos conocedores del viento; de ese viento que temple por doquiera el fuego de los trópicos, que arrulla el oído y convida al espíritu a seguirle en ese caprichoso viaje que a diario emprende por los valles y las serranías.

Allá, en el fondo y medio recostada en la loma, se halla la casa solariega de los Marroquines, con todo el abigarrado conjunto de sus diversas edificaciones. Antójase ahora que ella representa tres épocas bien diversas de nuestra historia nacional; primero, la Colonia, pobre, estacionaria y, por lo mismo, tranquila; luego la Nueva Granada, turbulenta, inquieta y guerrera, y finalmente, Colombia, la de hoy, con sus empresas y sus nuevas industrias, empresas e industrias que ella quiere establecer como por encanto, echando para ello por tierra viviendas, muros y árboles que formaron en otros días el deleite de una generación ya muerta.

En el costado sur y no lejos de la entrada principal, se

levanta el nuevo edificio, construido a comienzos de este siglo; descansa todo él sobre una masa de murallones viejos cubiertos casi siempre de rosales y “curubos”, colgados de un corredor que remata el caserón por este lado. La Capilla, medio oculta hacia el oriente, se nos presenta luego con su modesto campanario, que se aparta caprichosamente del resto del edificio truncado en esta parte por unos bastiones que descansan en las antiguas pesebreras. El pesebre, limpio hace ya muchos años de heno, es ahora nido de las gallinas que dan por allí sus acostumbrados paseos; en el interior, convertido en establo, rumian algunas ovejas, y un ostentoso carruaje de diligencia, vistosamente pintado, ocupa la otra parte de aquellos sitios que conocieron renombrados caballos, émulos o amigos de aquel famoso “Moro” que tuvo por biógrafo al mismo señor y dueño de esta hacienda.

Ya dentro de la casa, la vista tropieza con un jardín que remata en los bardales del norte; hay allí arcos caprichosos cubiertos de enredaderas; hay fresnos, pimientos, borracheros, alcaparros y retamos que ocultan, bajo sus ramas, otras muchas flores escondidas en surcos de líneas variadas y confusas.

No menos caprichosa que esta del jardín, es la distribución de la casa vista desde el interior: corredores angostos y largos; patiecillos pequeños medio perdidos a este o aquel lado; aposentos estrechos y oscuros; tejados

de múltiples formas, cubiertos de roña y de lama a causa de su vejez más que centenaria.

De toda Yerbabuena es el costado oriental el más poblado de sabrosos recuerdos. En estos dormitorios desmantelados ahora, vive intacto el espíritu austero de los viejos Marroquines que habitaron en ellos hacia las postrimerías de la Colonia y a comienzos de la Nueva Granada. Por indubitable tengo que allí habita ese espíritu, y como fruto de este convencimiento imagino muchas veces que al caer de la tarde va a salir por una de esas portezuelas don Juan Antonio Marroquín, quien, con andar incierto y vacilante, se encaminará a la Capilla para rezar el rosario tradicional. Imagino, otras veces, que en el interior de esos mismos aposentos estarán haciendo calceta, como en otro tiempo a la luz del candil, doña Teresa Moreno e Isabella “matrona austera, formada a usanza de los antiguos españoles”, doña Concepción Marroquín, de cuya sencillez y modestia hace siempre grata memoria don José Manuel, y la tía Josefita, “santa mujer que nunca supo reputar por suya cosa alguna”.

Dejando a un lado todos estos caprichos de la fantasía ¿cómo no recordar, al contacto de esta casa, la figura de don Lorenzo Marroquín de la Sierra, primer señor de esta heredad y con ella las de don Pelayo, don José María y don Andrés? ¿Cómo no sentir algo de aquel asombro con que ellos, españoles por raza y por afectos, oyeron el grito de



la independencia que procedió a la llegada del ejército boliviano? ¿Cómo no recordar que dentro de estos muros hubo angustias en la fuga y larga inquietud en quienes quedaron a merced de los nuevos señores de Colombia?

Por eso, uniendo estos recuerdos históricos con estas otras tantas fantasías, he pensado muchas veces en la razón que asistía a Pombo cuando dijo “que de estos caserones sin muchachos, que de estos tíos y tías que vivían rezando y haciendo lamentosos recuerdos, resultó la edición definitiva del espíritu de don José Manuel Marroquín, tocado de viejo, si no de muerto, melancólico de puertas adentro, barrido de toda fe y de toda ilusión en las cosas de este mundo; prodigiosamente incapaz de pasión, a usanza de espíritu puro”.

Volviendo ahora a la descripción de Yerbabuena, de la cual me habían apartado estos recuerdos, es de advertir que no todo en el vetusto caserón oriental es tan triste como lo descrito; porque ponen afortunadamente feliz remate al edificio unos aposentos que fueron construidos en época más reciente. Quizá quien no esté bien enterado de las cosas de Yerbabuena no hallará diferencia alguna entre ésta y las demás partes de la casa vieja; ni sabrá, por tanto, que ella fue levantada por el mismo don José Manuel en vísperas de su boda.

Hay que reconocer que el sitio fue admirablemente bien escogido por Marroquín, pues lo hermoso del pai-

saje que allí se divisa sirve de veras para añadir deleite a las horas del idilio; allí, en efecto, la vista se recrea, ora con el camino llano, suave y limpio de polvo, ora con la dilatada Sabana que riega el perezoso “Funza”; ora, en fin, con la contemplación de los montes, soberana corona del paisaje: montes sin número y sin nombre, señores de la vasta altiplanicie que circundan y rodean por todas partes. Y mientras así recibe su deleite la vista, el oído se recrea con el caer de las aguas que se pierden en la grama, con el canto de los pajarillos que anidan en los vecinos alcaparros, con el lejano bramar de la vacada que pace en las dehesas. Es este el sitio más repuesto y apacible de toda Yerbabuena, y el más poblado de recuerdos para quienes quieran conocer desde aquel balcón escondido, que mira hacia oriente, todo el encanto que oculta la casa en donde se escribió el “Moro”.

¿Cuántas veces el anciano desengañado de los hombres, repetiría desde este mismo balcón estas palabras: “Al lado de Matilde hallaba siempre abierta la fuente de vida, de juventud y de esperanza, que hoy está cegada para siempre en la tierra”. ¡Cuántas veces! al contacto de estos recuerdos y a la vista de este trozo de Sabana, diría con la honda tristeza del atribulado sin remedio, estas otras palabras del poeta español que aprendió siendo ya viejo:

*Vuestra paz era imagen de mi vida
¡Oh campos de mi tierra!*

*Pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en las tinieblas;
en el campo es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.*

No lejos de este balcón y de estos aposentos tan propicios para la contemplación campestre y para el rumiar de los recuerdos, hay un huertecillo, verdadero nido de flores, abrigado de los vientos y abierto al cielo, como alma pura, que ha hallado en la vida del campo lo único que seguramente armonice con la paz de que disfruta en lo interior.

Estos lugares, este huertecillo sobre todo, recuerdan en la vieja Yerbabuena a doña Matilde Osorio de Marroquín y a todas aquellas otras que en pos de ella hicieron de las flores sus delicias. Este huertecillo nos hace pensar en la inesperada transformación que doña Matilde supo dar a la vieja casona. Allí parece que don José Manuel hubiera escrito estas palabras: “Gracias a la confianza que Matilde inspiraba a todos; se reunían entonces en Yerbabuena muchas familias, que se entregaban a entretenimientos, recordados con placer por cuantos en ellas tomaron parte”. Y así fue, en efecto, porque, debido a la iniciativa de doña Matilde, volvieron a representarse de nuevo en Yerbabuena aquellas comedias que, en horas menos gratas,

dieron descanso al ánimo inquieto de don Andrés María Marroquín y Moreno.

Cuán distinto de esto que hemos descrito hasta ahora es el nuevo edificio que se levanta en el costado sur, en el sitio mismo que antes ocupó la parte principal de la antigua casa. Todo es aquí moderno y espacioso, desde los amplios salones hasta la solana que remata por occidente del edificio. Empeñarme en describir esta parte de Yerbabuena es cosa inútil, porque ella no puede ser jamás del gusto de quien ame lo antiguo y legendario. Diré únicamente que la construcción de esta parte de la casa y el cambio de la vida de Marroquín coinciden rigurosamente; pues mientras los obreros, llegados de Chía, comenzaban la obra, Marroquín decía en un arranque de sentida tristeza: “¡Qué adiós tan amargo daré a Yerbabuena!... Lo probable es que tenga que residir en Palacio, aunque enferme y aunque llevan capuchinos de bronce”.

Yerbabuena, mirada en conjunto, seméjase a una escuadra cuyo ángulo viene a terminar en la capilla y en el viejo comedor. Por rara y feliz ocurrencia la capilla y el comedor son lo más antiguo de Yerbabuena. El vetusto oratorio que oyó las plegarias de la Colonia, y el refectorio que evoca la sabrosa charla de otro tiempo.

¡Tal es, en su conjunto, la casa de los Marroquines! ¿Y los alrededores qué nos dicen? ¿Para qué hablar ahora de esos recuerdos que nos dejó aquí y allá don José Manuel?

En apariencia poco ha variado, en realidad cuán poco queda de la antigua hacienda: las corralejas están ahora desiertas y silenciosas; los sitios más conocidos pierden poco a poco sus nombres; “El Sanguino”, “El Centro”, “La Chorrera”, y con ellos muchos otros, sólo serán mañana conocidos de quienes por acaso lean el raro y peregrino libro que Marroquín intituló “En Familia”, libro casi único en la literatura, puesto que en él se nos cuenta la historia de una hacienda.

Desde la amplia solana que mira hacia occidente, contemplo ahora la Sabana con sus potreros y sus sembrados. El viento agita las espigas y forma ondas que parecen salidas de un lago de verdura. Sondea el alma a su sabor el misterio del valle y el de los lejanos cerros de “Tabío”. Los ojos ven cómo varían los perfiles de esos cerros, siguen vagabundos el vuelo de las aves, las formas caprichosas de las nubes, el lento caminar de los ganados...

Amo ciertamente a Yerbabuena. ¿Pero por qué la amo? ¿Acaso me sucede el carácter austero de los viejos Marroquines? ¿Me mueven tal vez los recuerdos de las sabrosas fiestas que he oído narrar? ¿Don José Manuel y sus escritos me han hecho sentir hondamente toda la delicia que esconden estos muros? Nada de eso; hay quizá en mi amor por Yerbabuena algo de egoísta, la conocí en sus postrimerías y la amo con la ternura con que se aman y recuerdan los muertos.

La historia de Yerbabuena se va, se va para siempre; imagen de ella son esas sombras de la tarde que invaden el valle, que trepan por los cerros y que terminarán presto por adueñarse de las alturas a donde ha ido la luz en busca del último refugio...

Horas más tarde crujen las ramas de los eucaliptos azotadas por los vientos; el “currucucú” se querella lastimosamente; óyese el pausado croar de las ranas en los marjales; el aullido lejano de los perros que guardan las chozas. La luz de la chimenea lanza en el salón fulgores fantásticos que se cruzan con las sombras para dejarnos entrever imaginariamente figuras de españoles amedrentados que huyen del Libertador; corridas extrañas de toros, replantaciones de antiguas comedias, imágenes, de bailes hoy en desuso, mas siempre en esta visión del pasado, en que los muertos reviven y los antiguos tiempos se hacen presentes, hay un sitio destinado en mi fantasía para mis propios y escasos recuerdos de los sabrosos días que he pasado en Yerbabuena.

POR LA SABANA DE BOGOTÁ
Y OTRAS HISTORIAS
FUE EDITADO POR LA
FUNDACIÓN GILBERTO
ALZATE AVENDAÑO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DEL DISTRITO
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento
BAJO EL NÚMERO
CINCUENTA Y NUEVE Y
SE IMPRIMIÓ EL MES DE
SEPTIEMBRE DEL AÑO 2009
EN BOGOTÁ



Este es un «Libro al viento».

Es para que usted lo lea y para que lo lean
muchos como usted. Por eso, cuando termine,
devuélvalo y tome otro.

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Protección de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

